



EL

CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educación, Música, Teatros y Modas.

SUMARIO. Instrucción: por don A. Pirala.—Serenata (poesía), por don Ignacio Virto.—Maria Tudor, reina de Inglaterra (continuación), por doña Dolores Cabrera y Heredia.—Contra Soberbia Humildad (continuación).—Los dos Hermanos, por don Emilio de Tamarit.—Modas.

INSTRUCCION.

La Sociedad.

El amor de Dios, esa fuente de felicidad, despertó el amor del hombre: de aquí los vínculos de la familia, el origen de las sociedades, el que sea la sociabilidad una ley moral de la naturaleza. No creemos haya podido ser nunca el estado salvaje, el natural del hombre; sino su contradicción.

Así impone la sociedad deberes que pueden considerarse como virtudes. En su práctica, toma parte el corazón y la cabeza.

La tolerancia, que no deja de asemejarse á la caridad, es uno de los deberes mas necesarios y que se ejercita casi de continuo. Compuesta la sociedad de tantos elementos heterogéneos, sino hubiera tolerancia, sería aquella imposible. Esos defectos comunes en una descuidada educación; esas faltas de buena inteligencia; esos errores, hijos de una abandonada instrucción, hay, por lo general, mas necesidad de tolerarlos que de corregirlos, por mas que sea á veces mas difícil lo primero que lo segundo.

Los mejores antecedentes de una persona la harían insociable, si no pudiendo ocultar la rústica franqueza de su carácter, y no tole-

rando por consiguiente algunas pequeñas faltas, las reprendía ó corregía violento. Sería constante su tarea, y le huirían todos.

Cuando nada hay mas susceptible que el amor propio, cuando en nada se debe poner mas cuidado que en no herir el de otras personas, en medio de la sociedad, daría la mas pobre idea de la educación de una persona la falta de esta regla, de este deber; por mas penoso que sea por algunos sufrir impertinencias, que ofenden, en verdad, no pocas veces. Pero la misma conservación de la sociedad impone un mútuo respeto, que si faltara, se romperían esos preciosos vínculos que la consolidan.

Nada mas frecuente que esas conversaciones enojosas, cuando no ofensivas, que esos alardes de vanidad y orgullo, que esa murmuración por pasatiempo, ocasionada mas bien por la envidia que por la verdad, y aunque alguno esté en posición de corregirlo dignamente, la mayor parte se ven precisados, sino á hacer coro, que es indigno, á oír al menos.

La sociedad, que es la verdadera piedra de toque donde se conocen los quilates de la instrucción, es la que pone en evidencia á las personas. En los ligeros apuntes que se acaban de presentar, creo se habrá podido comprender, sino el talento, la buena educación é

instruccion necesaria para presentarse en ese teatro donde se reflejan los vicios y las virtudes presentes, todos los defectos, todas las buenas cualidades de una persona.

Si la mujer ocupa en ella el primer puesto, si es la reguladora hasta de las conversaciones, ¡cuán grande no es su mision! ¡cuán inmensa su importancia! Convénzase de ella; estímlese su amor propio, y no obtendrá los frívolos obsequios que al fin la cansan, sino los de quienes puedan comprender su valor, ése inapreciable mérito que se esconde velado por la modestia, como la violeta por sus hojas verdes, que se oculta en su virtud como la perla en su concha. No es la mujer quien debe publicar su fama: es el hombre el que debe comprenderla: no ha de hacer ella alarde de su saber; hay que sorprendersele, hay en fin que descubrir en la mujer el tesoro escondido, el bien desconocido, la ventura que busca anhelante el hombre en la tierra.

A. Pirala.

LITERATURA.

SERENATA.

Guardo en mi corazon, santa y callada,
pasion de amor tan pura
cual gota de rocío nacarada
en flor de la espesura.

Ella despierta en mí, con gozo santo,
mil plácidas ideas.

—Amor, tú eres mi vida, tú mi encanto,
amor, bendito seas.

Mis ensueños, tal vez, serán de niño
cuando en la noche clara
con tristes preces demandé cariño
al ángel que forjara.

Quizá será el ambiente perfumado
de esos tus labios rojos,
quizá el dulce mirar, me ha enamorado,
de tus azules ojos.

Tal vez, niña, el querube que te guía
tocó mi pecho vano,
y este amor, esta ardiente idolatría
brotó bajo su mano.

No lo sé, mas te adoro.—Yo te miro
bella con tu sonrisa,
y vuela hasta tus rejas mi suspiro
en alas de la brisa.

Envidia tengo á la galana rosa
que crece entre tus rejas,
y mas la envidio cuando adorna, hermosa,
tus doradas guedejas.

Feliz ella que puede regalarte
su aroma, su ambrosía.
Yo tan solo, mi bien, puedo cantarte:
Nada mas, alma mia.

Yo bendigo mi amor y no te pido
el tuyo, niña hermosa.
Mudo te adoro, triste y dolorido,
como la pobre rosa.

Y ante mí siempre estás, por darme enojos,
imágen del deseo:
dó quiera fijo mis inquietos ojos
allí, niña, te veo.

Ah! tú mis horas de dolor halagas,
tú mi penar recreas,
en el perfume de la noche vagas,
entre la luna ondeas.

Si el sol entre celajes halagüeños
se esconde trás la bruma,
pura, como el arcángel de mis sueños,
flotas sobre la espuma.

Cierro mis ojos... y otra vez te miro,
y amorosa me llamas:
quiero volar.... y exhalo hondo suspiro.
Ni allí estás, ni me amas.

Siempre tu dulce nombre, ídolo mio,
escrito hallo en la arena,
hasta el murmullo del sonoro rio
con tu nombre resuena.

Y no te pido amor!—Sombra perdida
soy que vaga doliente,
siempre un ¡ay! en el alma dolorida,
siempre mística la frente.

Ah! fuera yo tan loco, vida mia,
que ébrio de mis amores,
turbára la pureza y la alegría
de tu senda de flores!

Ah! y si me amáras tú, mi vida fuera
un Eden, un encanto.
Oh! sí, dame tu amor, niña hechicera....
Por qué te adoro tanto!

Dáme mi calma, si mi amante lloro
no acoges, alma mia;
Dáme tu amor, si como yo te adoro,
puedes amarme un día.

IGNACIO VIRTO.

HISTORIA.

MARIA TUDOR.—Continuacion.

Ocupábase tambien la Reina en conciliar los medios mas á propósito para restablecer en Inglaterra el culto católico, sin chocar demasiado abiertamente con los protestantes. María con su claro talento no podia desconocer los peligros de una violenta reaccion.

Muy pronto los mas exaltados de ambas religiones empezaron á hacerse la guerra. El púlpito se convirtió, segun un historiador imparcial, en una cátedra de revolucion. Uno y otro partido se lanzaban acusaciones, y hasta amenazas. Los protestantes no solo ultrajaban á la Reina, sino que escitaban á sus súbditos á la rebelion. Preciso fué, para conjurar mayores males, para evitar inminentes desórdenes, prohibir la predicacion á todos los sacerdotes que no tuviesen una espresa autorizacion firmada por la Reina.

Crammer y los prelados que se resistieron á obedecerla fueron sentenciados á muerte.

El Parlamento, compuesto únicamente de católicos, como antes lo habia estado de protestantes, se hallaba completamente sometido á la voluntad real, ó mas bien á la de los ministros. En su consecuencia se anularon todos los actos relativos al divorcio de Enrique VIII con Catalina de Aragon, y los acordados durante el reinado de Eduardo VI, respecto á puntos religiosos.

Fueron tambien rehabilitados en sus antiguos puestos las personas separadas de ellos en el reinado anterior, y declaráronse merecedoras de la

última pena las que hubiesen tenido parte en el asunto de la sucesion. Esta órden se referia de un modo indirecto á los partidarios de Juana Grey y de la princesa Isabel, que conspiraban sordamente contra María.

El pretesto que buscaban para que estallase la insurreccion no tardó en presentárseles.

Publicóse el tratado de la corte con España, relativo al enlace de la Reina con Felipe. En él se estipulaba que éste, aunque tomara el título de Rey, dejaria á su augusta consorte todo el cuidado de la administracion; que él no podria levantar subsidios, ni hacer empréstitos; en una palabra, que seria únicamente María la que gobernase el reino, como lo habia hecho hasta entonces.

Felipe, viudo ya de doña María de Portugal, tenia un hijo, que fué despues el célebre príncipe Carlos: decíase tambien en el tratado que si este niño llegaba á morir, los hijos de María Tudor heredarían los tronos de España, Nápoles y Lombardía.

La promulgacion de las cláusulas de este tratado, tan ventajoso para la Inglaterra, no produjeron mas que un descontento casi general. Los ingleses celosos siempre de su independencia, miraron con disgusto la influencia que un Príncipe extranjero no podia menos de ejercer en los actos del gobierno. Temíanla sobre todo los protestantes, para quienes no era desconocido el carácter altivo, inflexible, de Felipe, y su adhesión á la corte de Roma.

Tomás Wiat, uno de los jefes mas influyentes de la religion reformada, se puso al frente de los descontentos. Siguiéronle no pocos, y contando con otros muchos partidarios en Lóndres, concibió el arriesgado proyecto de entrar en la capital, apoderarse de la Reina, y sentar en el trono á Juana Grey.

El dia en que se le esperaba, notóse gran agitacion, especialmente en los barrios de la Cité, ocupados principalmente por gentes del pueblo, cuya ignorancia le ha hecho en todos tiempos instrumento que emplean en su favor los ambiciosos de todos los paises y partidos. Formábanse grupos, cerrábanse las tiendas, y los murmullos crecian y se exaltaban, convirtiéndose en amenazas, primero contra el gobierno que habia aconsejado el enlace de la Reina, luego contra la Reina misma. La vista de la tropa, mandada por la autoridad para reprimir el desórden, solo sirvió para exasperar mas los ánimos. El pueblo lejos de obedecer á la intimacion que se le hacia, de retirarse los vecinos á sus respectivos hogares, se preparó á la resistencia, y bien

pronto se trabó entre él y los soldados una lucha encarnizada.

Tomás Wiat se hallaba ya á las puertas de la ciudad, que defendían con heroísmo los partidarios de la Reina.

María entretanto, ignorante de lo que pasaba, se entregaba tranquilamente en el fondo de su palacio á sus habituales ocupaciones, cuando los ministros consternados se presentaron á comunicarle el mal resultado de sus tentativas para restablecer la tranquilidad.

—¿Y por qué razón, no habérmelo dicho antes? respondió la Reina pálida de indignación y de sorpresa.

—Porque hemos confiado hasta ahora, repuso Gardiner.

—Es decir entonces, que todo está perdido? Qué significa eso? Pensais rendiros sin combatir? Respondedme, respondedme; decídmelo, para que yo pueda creerlos capaces de tanta cobardía, repuso la Reina con altivez, fijando alternativamente sus ojos sobre sus asombrados cortesanos.

—Señora, dijo entonces uno de los ministros tímidamente, la resistencia es casi imposible; vuestros soldados han sido rechazados y vencidos; vuestros partidarios ceden; Tomás Wiat no tardará en entrar en Londres....

—¿Y qué hacemos entretanto aquí? repuso la Reina.

—Es verdad, señora, dijo uno de los cortesanos. La vida de la Reina es antes que todo. Es preciso ponerla en salvo.

—Sí, es preciso que huya al punto V. M., prosiguieron á una voz los cortesanos.

—Un caballo! un caballo! inmediatamente, dijo la Reina con voz vibrante, pero no para huir, señores; no! dadme un caballo para lanzarme en medio de la refriega, á recobrar mi corona ó perecer en ella, puesto que vosotros no sabéis defenderme.

Y sin detenerse, á pesar de las lágrimas y súplicas de sus damas aterradas, sin escuchar una palabra mas de aquellos hombres débiles ó desalentados se dirigió precipitadamente hacia la puerta del salón.

—Los que no temen á la muerte que me sigan, dijo la Reina con arrogante energía volviéndose á los cortesanos.

Todos la siguieron.

Al pié de la escalera encontró un caballo ensillado, sobre el cual se lanzó con la velocidad de una flecha, saliendo á escape en dirección á la Cité.

Su heroísmo exaltó el entusiasmo de sus defen-

sores, y desalentó á los rebeldes. ¡ Los mismos que pocos momentos antes combatían decididos contra ella, se retiraban respetuosamente á los lados de la calle para verla pasar!

La Reina se presentó en la casa donde se habían reunido el Lord Corredor y sus compañeros, que deliberaban acaloradamente, no sabiendo qué partido tomar en aquellos críticos momentos.

La súbita aparición de la Reina produjo una extraordinaria sensación. Los ánimos que empezaban á decaer se reanimaron. La Reina comprendió al punto el partido que podía sacar de aquella favorable reacción.

—Señores, les dijo, ¿me reconocéis por vuestra legítima soberana?

—Sí, sí! prorumpieron todos unánimemente.

—Creeis que mis sienes no pueden soportar la corona? Creeis que el cetro es demasiado pesado para que pueda sostenerlo mi mano? El príncipe Felipe será mi esposo, pero *yo sola* reinaré en Inglaterra. Tanto, como cada uno de vosotros, mas tal vez que ninguno, deseo y quiero el bien y la independencia de nuestra patria.

Las palabras de la Reina fueron acogidas con entusiasta exaltación por las muchas personas que llenaban aquel vasto recinto, y transmitidas de boca en boca á la inmensa muchedumbre que se agolpaba en las calles contiguas. El pueblo correspondió á ellas con repetidos vivas á su soberana.

La mayoría depuso en el acto las armas, pero la Reina no se alejó de los sitios que ofrecían peligro, hasta convencerse de que la tranquilidad estaba asegurada y el orden restablecido.

Wiat y cuatrocientos partidarios suyos fueron llevados á los piés de la Reina, que les concedió generosamente su perdón. El primero juzgado por un tribunal ordinario y sentenciado á muerte, sufrió su justo castigo.

Desgraciadamente no fué la única víctima de aquella atrevida empresa.

Hemos dicho que la Reina se retiró á su palacio despues de apaciguada la insurrección. Las violentas emociones de un día en que se trataba no solo de defender su corona sino su vida, la sostuvieron en un estado de excitación, que un temperamento nervioso é irritable como el suyo, no podía menos de causar impresión. Serena é impassible delante del peligro, olvidándose de sí misma, sometiendo por decirlo así sus dolencias á su voluntad, su espíritu y su valor indomable la sostuvieron: vencedora ya, sus fuerzas la abandonaron, y al entrar en su cámara se sintió acometida de una terrible con-

vulsion que la obligó á dejarse caer vestida sobre su lecho.

Cuarenta desgraciados resistiéndose tenazmente á seguir el ejemplo de sus compañeros de insurreccion que se habian rendido ya, continuaron defendiéndose y atacando á sus contrarios con ciego arrojo. Hechos al fin prisioneros, con las armas en la mano, fueron ahorcados en las puertas de sus respectivas casas.

Es fácil que la Reina, doliente en tan críticos momentos, ignorase aquella orden cruel hasta que estuvo cumplida; es mas que probable que no se hubiera mostrado con los vecinos rebeldes de la Cité menos generosa que lo fué con los compañeros de Wiat, pero sea como quiera, el pueblo, no siempre justo en sus calificaciones, denominó las sangrientas ejecuciones que acababan de tener lugar, *las venganzas Marianas*.

(Se continuará.)

DOLORES CABRERA Y HEREDIA.

CONTRA SOBERBIA HUMILDAD.

SEGUNDA PARTE.

(Continuacion.)

Sus lábios no pudieron expresar todo lo que sentia en aquel momento, y de sus ojos brotaban lágrimas de alegría, que se mezclaron con las que acababa de hacer brotar el dolor.

El enfermo cogió entre sus manos una de las de Inés y estampó en ella sus lábios abrasados, cayendo de nuevo en aquella fatiga, que Jorge llamaba sueño, y era hija tan solo de su debilidad.

Habia en aquel movimiento tal expresion de ternura y de respeto á la vez, que la conciencia de la casta Inés no se rebeló contra él, como si presintiese que aquel corazon habia de ser algun dia el arrimo del suyo.

Ruborizóse sí, y miró á todos lados con ansiedad: la cortina de la parálitica seguia cerrada, y al través de ella percibiase el ruido igual y pausado de una respiracion tranquila.

Inés se levantó suavemente, se acercó á la cama, observó al enfermo, que al parecer dormia, y tomando su libro de oraciones se sentó de nuevo, no ya dentro de la alcoba, sino fuera de la puerta, por temor de turbar un sueño que á su entender seria para el débil y hermoso herido un sueño reparador.

Pusóse Inés á leer por la centésima vez en el libro santo, pero su pensamiento volaba de flor en flor, de idea en idea, sin poder fijarse en aquellos poéticos versículos.

Su distraccion tenia un carácter particular que apenas podia comprender, porque ora vagase su imaginacion por los recuerdos de su feliz infancia, ora por las angustias é incertidumbres de su vida presente, ora en fin, buscaba un refugio en el recuerdo de Teresa (recurso inagotable para ella), sus ideas se cruzaban, se chocaban, y venian por fin á estrellarse en el estrecho círculo de la sala y la alcoba, círculo estrecho, olvidado, casi aborrecido en los amargos dias que iban pasando, y que ahora atraia y encadenaba su pensamiento como la luz atrae á la mariposa, como el planeta arrastra al satélite que gira en torno suyo sin cesar.

Despues de leer, como hemos dicho, una y cien veces la misma cosa sin poder comprenderla, el amor propio de Inés se resintió, subió á sus mejillas el rubor de la vergüenza, y murmuró levantándose con resolucion:

—Oh! yo podré mas que mi atrevido pensamiento!

Dejó el libro sobre la mesita, y sin volver la vista hácia la alcoba se encaminó al lecho de su madre, la llamó, habló con ella de mil frivolidades, y salió en seguida á la puerta para ver si volvia ya una vecina que habia enviado á la villa al amanecer en busca de provisiones y medicinas, sin tener en cuenta que aun debia tardar en volver cerca de una hora.

Pero toda aquella oficiosidad, todo aquel afan por distraer el ánimo, solo habia conseguido armar en su cabeza un tumulto de ideas que la mareaban y la fatigaban, de manera que no sabiendo qué hacer para disipar su aturdimiento, se encaminó hácia la cocina con intencion de despertar á Jorge y hablar con él de cualesquiera cosa.... de su amo, por ejemplo.

La llegada del cirujano la hizo retroceder para ir á tomar órdenes á la cabecera del paciente.

El cirujano examinó las heridas, que despues de tanto alboroto, se reducian á unos cuantos arañazos y algunas contusiones, tomó gravemente el pulso al enfermo, y despues de haberle felicitado groseramente por tener á su lado tan linda enfermera:

—Vamos, vamos, que pronto volará el pájaro, dijo volviéndose hácia Inés con el tono doctoral de un primer médico de cámara.

El rostro de Inés palideció, en tanto que las me-

jillas del enfermo se cubrieron de un vivo encarnado.

—Ola! prosiguió el sangredo con familiaridad, parece que no le ha gustado mucho el pronóstico al señor don.... ¿cómo es su gracia?

—Eduardo de Santibañez, respondió el enfermo, sin ofenderse por la ruda franqueza del cirujano.

—¡Pues no digo nada de Inés, que parece que se ha quedado como la mujer de Lot!

Y tomando un aire, que de puro jovial rayaba en ridículo, se puso á cantar la antigua coplilla de

«Parasismos le dan á la niña,

¡Pálida está!

¡Pálida está!»

Rematando la tonadilla con una ruidosa y alegre carcajada.

A pesar de la diversa situacion en que debia encontrarse el ánimo de los que le escuchaban, todos repitieron, aunque en diversos tonos, la carcajada del cirujano, cuya figura escuálida marcando el compás con piés y manos hubiera hecho reir á un anacoreta.

La parálitica hizo una contraccion horrible, que ella llamaba risa, el enfermo rió alegremente, aunque estremeciéndose por los dolores que la risa hacia brotar de sus contusiones, y la sencilla Inés, no solo se rió de buena fé, sino que celebró repetidas veces la gracia del buen cirujano, que podia muy bien caer fácilmente en el ridículo, pero que la queria entrañablemente, y era á todas luces un verdadero amigo.

El buen hombre se fué muy satisfecho, prometiendo volver con frecuencia para distraer al enfermo.

—Inés, dijo Eduardo con dulzura apenas hubo desaparecido el cirujano, dame tu mano para que pueda incorporarme un poco sobre las almohadas.

Inés fascinada por aquella mirada de águila, le tendió la mano y le ayudó cariñosamente á incorporarse.

El enfermo lo habia dicho en alta voz, sin ocultarse de la parálitica: Inés pensó entonces:

—La verdad busca siempre la luz, el engaño solo vive en las tinieblas.

—Por qué tiemblas, Inés? le preguntó Eduardo estrechando dulcemente contra su corazon la mano en que se apoyaba. Tú que has vivido siempre en el campo, y que á falta de otros libros has tenido siempre abierto ante tus ojos el gran libro de la naturaleza... habrás visto tambien temblar la paloma cuando se acerca el gavilan; pero ¿no has

escuchado el amante arrullo de las tórtolas en la enramada?

Inés no contestó; en medio de aquellas frases que conmovian su alma, iba envuelta una ofensa de amor propio, ofensa que no perdona nunca la mujer, aunque por ella hubiese de renunciar al amor mismo.

Eduardo suponía que hablaba con una labriega que no sabia leer, y cómo era posible que mirase con cariño á una mujer tan ignorante?

Encontróse entonces avergonzada y confusa delante de Eduardo, como si hubiese cometido un crimen. Ella que habia escuchado con placer tantas dulces palabras, ¿dónde iria ahora á ocultar su credulidad y su coquetería, que no se encontrase frente á frente con aquella horrible frase pronunciada por el enfermo?

Cada vez que aquella palabra se repetia en su pensamiento, una nube de fuego coloreaba su rostro, quemándola con su encendido resfleo, y sin que fuese dueña de contenerse por mas tiempo, separó dulcemente su mano de la del herido, le colocó de nuevo sobre las almohadas, y corrió á ocultarse en el cuarto de Isabel, donde se echó á llorar como una niña.

—Inés! gritó Eduardo con toda su fuerza, no sabiendo á qué atribuir aquella repentina desaparicion.

A la voz de su amo Jorge se levantó y corrió hácia la alcoba buscando con la vista á la enfermera, pero solo encontró al enfermo en tal estado de agitacion que le puso en cuidado, temiendo le sobreviniese una recaída.

—Señor, mi querido señor, le preguntó con leal inquietud, ¿qué teneis?

—Nada, respondió Eduardo entre alegre y mohino, Inés ha desaparecido ahora.... de repente.... y.... la llamaba.

—Bravo! bravo! gritó Jorge arrojando al aire su vetusto sombrero... habeis recobrado la vida, y con ella las antiguas costumbres... á fé que la Inés es toda una arrogante moza, y sois muy buen cazador para que se os escape la presa... Señor.... bien dice el refran: *que génio y figura, etc., etc.*

Y en efecto, su amo era el corazon mas enamorado del mundo.

Pero contra lo que Jorge esperaba, en lugar de aplaudirle sus chanzonetas, como de costumbre, Eduardo de Santibañez no puso la atencion siquiera en la festiva reflexion de su criado favorito, y guardó silencio, cayendo en una profunda meditacion.

Jorge se encogió de hombros, y se arrimó hacia la puerta, echando requiebros á todas las mozas que cruzaban por la calle.

En cuanto á la paralítica, habia vuelto á quedarse dormida, y roncaba tranquilamente bajo sus cortinas de grosera indiana carmesí.

(Se continuará.)

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

LOS DOS HERMANOS.

Hijos de un mismo padre, pero de distinta madre, César y Everardo, eran tambien de un carácter absolutamente opuesto; tanto como el primero era amable, sábio y aplicado, era el segundo, áspero intratable, bilioso y disipado. La causa principal de semejante diferencia era la madre, quien obcecada por un falso amor hacia su hijo, fomentaba todos sus vicios, mostrándose para con él siempre parcial, y prodigándole toda clase de caricias; apenas indicaba un deseo cuando era satisfecho. Con César por el contrario, mostrábase la mas cruel é injusta de las madrastras, tratábale con dureza, le insultaba siempre, jamás le complacia en nada, y en las disputas que se originaban entre ambos hermanos, por consecuencia del carácter altanero de Everardo, siempre César salía mal librado, y el bueno del joven sufría silenciosamente tanta injusticia; cuanto mas insolente y descortés era su hermano, tanto mas se esmeraba en vencerle con su dulzura, y se consolaba de los malos tratamientos de la madre con la deferencia que le guardaba el padre, quien le prefería por su mejor conducta.

Apenas hubo muerto el padre, cuando la madrastra quiso que los dos hermanos se separasen: así es que se procedió á la particion de los bienes, y Everardo marchó á establecerse á otro punto con su madre: en el trascurso de pocos años disipó en juegos, fiestas y banquetes los veinte mil duros que le habian correspondido, habiendo contribuido á que los gastase con mas profusion la esperanza de heredar en breve á un tio muy rico.

Ocurrió la muerte del tio en la época en que ya estaba Everardo arruinado y lleno de deudas, de modo que apenas acababa de espirar cuando se dirigieron á César para preguntarle é inquirir qué parte les tocaba en la herencia, pero éste aun

cuando sabia del modo que Everardo era tratado en el testamento, disimuló, y á todas su preguntas contestaba:

—Tendrás mas que lo que te pertenece, pero antes será preciso que cumplas con tu deber.

—Mi deber no necesito que nadie me lo indique, ni mucho menos consiento que te conviertas en preceptor mio; yo pido lo que me pertenece, y lo que deseo es que se abra el testamento.

—Aun no es tiempo de ocuparse de esto, tributemos los últimos honores á nuestro tio, y luego se hará lo demas, pero si entretanto te hace falta algun dinero yo te lo facilitaré.

—Cómo es eso? necesito acaso merecer tu favor, cuando tengo lo que me corresponde en la herencia; vengo á pedirte algo para que así me ofrezcas tu amparo, contestó Everardo.

—Pues entonces te esperarás, replicó César.

—¿Y con qué derecho quieres retener lo que es mio?

—Con el que la ley me concede, y porque para ello estoy autorizado.

Furioso Everardo, y escitado, por la madre, apostrafó á su hermano con toda clase de injurias, acusándole de villano, orgulloso, y hasta de estafador; añadiendo que algun interés tendria en que no se abriese desde luego el testamento del tio. Ofendido César al escuchar tantos insultos, cogió á su hermano del brazo y lo llevó á casa del escribano en que debia abrirse. Principiada esta ceremonia, Everardo le cogió y quiso leerlo él mismo; recorrió con ansiedad las primeras lineas, y llegó á un párrafo que decía:

«Siendo mi sobrino Everardo, por su pésima conducta, indigno de recibir mis beneficios, instituyo por único y universal heredero de mis bienes á su hermano César.»

Everardo quedó como petrificado en los primeros momentos, pero despues se abandonó á la mas violenta desesperacion, calculando la suma á que ascendian sus deudas, y que no tenia con qué pagarlas, pues acababa de perder en aquel momento toda esperanza; pero César compadecido de la situacion de su hermano, se acercó á él, y despues de consolarle, añadió:

—Todas tus deudas serán pagadas, y ademas una parte de mi fortuna será para tí y para nuestra madre, pero en cambio de esta cesion exijo de tí que de hoy en adelante seas verdaderamente mi hermano, y me ames como á tal, esto es lo que

deseo. Cesen para siempre las disensiones entre nosotros, y vivamos reunidos.

Al escuchar Everardo y su madre semejante prueba de generosidad se sintieron humillados, y como impulsados por un mismo sentimiento, ambos abrazaron á César tiernamente y aceptaron su liberal proposicion con muestras de sincero agradecimiento; por manera, que César logró al fin ver restablecida la buena armonia que tanto deseaba entre él y su hermano, quien cambió totalmente de génio é instantos despues de esta severa leccion.

Hermanos como Everardo hay muchos, pero ¡cuán pocos se encuentran como César!

(Traduc. del italiano.)

EMILIO DE TAMARIT.

MODAS.

Las manteletas son cada dia mas variadas, y continúan siendo, sin diferencia de estacion, el complemento obligado del traje de una señora.

Vamos á dar á nuestras lectoras una idea de las novedades de primavera en este género, que son las que comprende la grande lámina de manteletas, que segun ofrecimos en el prospecto, repartimos con este número á las señoras que se suscribieron á principios de año por los seis primeros meses.

Florentina: es una manteleta de grós negro, de figura redonda, con costura en la espalda y guarnecida de follados de tul, cogidos por lazadas de terciopelitos negros: este adorno que guarnece el abrigo todo al rededor, figura tirantes, con un segundo órden de follados, desde la cintura al hombro, y desde éste al bajo de la manteleta se colocan otros cinco que figuran manga. Un volante muy ancho, de imitacion, completa esta prenda.

Gabrieta: es otra manteleta, tambien de tafetan, al estilo de Luis XV, con adornos de entredoses de guipure, y de rizados de gasa y de cinta de pasamaneria: el volante que la termina, es de la misma tela y está puesto á pliegues gruesos: las puntas de adelante son estrechas y redondas, formando estola.

Chantilly: es tambien manteleta de tafetan, con adornos de blonda ancha, y fleco de seda con enrejados y bellotitas: en los delanteros la blonda que la guarnece, va puesta en forma de berta.

Longchamps. Es otra manteleta, tambien de seda, de hechura escotada, en forma de corazon, por delante y por detrás: un sembrado de flores bordadas á crochet, figura la berta, que termina en un afollado del mismo tafetan, cogido con terciopelos negros: otro floreado y un afollado, mas grande que el anterior, terminan la manteleta. Del último sale un volante de blonda de un ancho regular.

Florinda: es un abrigo *basquine* de grós negro, guarnecido de cinta de granadina, con listitas de terciopelo y flequillo.

Sevillana. Manteleta de tafetan, cuyo fondo va cubierto de cuadros formados por una cinta de terciopelo; el volante que la termina va tambien guarnecido de tiras de terciopelo: otro volante, un poco mas estrecho y con el mismo adorno, colocado desde el hombro al talle, forma una peelerina como la punta de un pañuelo: los pliegues de los volantes son lisos y anchos.

El número primero de nuestro grabado de modas tambien presenta otra manteleta, de grós, en forma de chaqueta, muy ajustada al talle: una blonda ancha que guarnece el escote, y que nace de un adorno de pasamaneria, sirve de berta: las mangas y la falda de este abrigo van tambien cubiertas de una blonda.

El número dos es una gorra de blonda, con adornos de cintas y flores.

El número tres otra cofia, cuyo fondo va cubierto de un tablero de damas formado por cintas de raso color de caña, y terciopelos negros. Las guarniciones son de rizados de tul y cintas blancas de raso.

El número cuatro es un vestido para niña, de muselina blanca, con disposiciones á listas, formadas por jaretos espunteados, ó á vainica. El cuerpo es fruncido, de escote cuadrado, y la camiseta, tambien de muselina, va cerrada en el cuello por un entredos de encaje. Las mangas se componen de cuatro huecos, fruncidos en sentido inverso, y que terminan en un puño.

El número cinco, manga de tul, con dos huecos, cogidos con cinta de color.

El número seis otra manga, estilo de Luis XIII.

